

**REVISTA CIDOB D'AFERS
INTERNACIONALS.
Miscelánea.**

La nueva China en el nuevo equilibrio de poder regional.
Rafael Bueno Martínez

La nueva China en el nuevo equilibrio de poder regional

*Rafael Bueno Martínez

El este asiático es, a menudo, descrito como la zona más dinámica del planeta y, en estos planteamientos, el factor económico predomina esencialmente sobre los demás. Fundamentalmente, esto es debido a que allí se encuentra no sólo la segunda economía más importante del mundo, Japón (y los llamados “dragones asiáticos”, como la República de Corea, Taiwán, Singapur o Indonesia), sino que también se halla el gigante chino, que está llamado a ser el centro neurálgico de la Asia del siglo XXI. Asimismo, esta es también la zona que ha experimentado el desarrollo económico sostenido más importante jamás conocido, al menos hasta su súbito declive, posterior estancamiento y, hoy por hoy, parece que lenta pero estable recuperación.

A lo largo de la historia, la búsqueda de la riqueza ha movido a imperios y países, y en especial a sus dirigentes, a luchar por adquirir un predominio que garantizase la consecución de tal fin o su perpetuación. Este intento de enriquecimiento y búsqueda de poder es lo que ha llevado a que en la actualidad las potencias más importantes con los ejércitos más poderosos (8 de los 10 ejércitos más grandes del mundo) estén jugando un papel fundamental precisamente en esa zona geográfica.

Pero el este asiático es más que un centro de poder económico: es también el centro estratégico donde las actuales superpotencias se enfrentan más abierta y directamente. Esta circunstancia no es producto del azar, como tampoco lo es el que allí se puedan observar y sufrir los últimos vestigios de esa guerra ideológica que todos dábamos por concluida en 1989, tras la caída del Muro de Berlín y la posterior desintegración de la Unión Soviética. La anacrónica situación en Corea del Norte ha permitido

*NATO Fellow. Investigador en temas de seguridad y política internacional.

Visiting Scholar, Fairbank Center for East Asian Research, Harvard University (1999).

Investigador en la Escuela Diplomática China en Beijing (1995-1997)

que una página de la historia no pueda cerrarse y ha iniciado un nuevo capítulo que da paso a una nueva situación, en embrión desde el principio de los años noventa.

El fin de la Guerra Fría ha traído consigo un cambio radical en el panorama internacional. Esta nueva era en la que nos encontramos está todavía en período de definición y formación, y la bipolaridad ha cedido paso a la multipolaridad y a la “multicivilización”¹ (Huntington: 1998). La rivalidad ideológica ha pasado a ser económica, la cual siempre estuvo latente. El resultado es que en la actualidad todo proceso económico en dicha zona no puede ser entendido aisladamente, siendo el factor militar y el estratégico elementos de un mismo sistema de relaciones exteriores. Por todas estas razones, en la época de la posguerra fría, las relaciones entre estados se han vuelto cada vez más complejas. En este contexto la emergencia de grupos regionales de poder ha demostrado la naturaleza multipolar de las relaciones internacionales de finales de siglo. El nordeste asiático ha sufrido gravemente este reajuste de la política mundial, y el país que sin duda está llamado a jugar un papel determinante en este nuevo contexto es “Zhong Hua Ren Min Gong He Guo” es decir la República Popular de China. Para algunos expertos como el profesor Robert Ross la situación en el este asiático sigue siendo bipolar, pero ya no es la Unión Soviética la que desafía al poder norteamericano, sino la propia China² (Ross: 1998).

La emergencia de China se ha visto acompañada y favorecida por la desintegración de la Unión Soviética primero, víctima de sus propias contradicciones, y el declive del Imperio ruso después. Los Estados Unidos por su parte, garantes de la seguridad militar de sus aliados en ese área: Japón, la República de Corea y Taiwán, desean cada vez más reducir su presencia militar en la zona. No sólo por los enormes gastos económicos que esta protección de los intereses de los aliados y, sobre todo, los suyos propios significan para el presupuesto estadounidense, sino también por el conflicto social que su presencia provoca. Por último, la península de Corea sigue siendo una bomba de relojería, que podría estallar y desencadenar una guerra en todo el nordeste asiático. A esta circunstancia hay que añadir la importancia de su enclave, vital para los intereses de las otras cuatro potencias y por la que se han enfrentado a lo largo de la historia pasada y reciente. El otro elemento que podría producir un conflicto general de consecuencias impredecibles es la antigua isla de Formosa, cuya declaración de independencia de la China continental sería el motivo que forzaría la invasión de Beijing.

Esta aproximación a la nueva situación intentará dar una visión del papel de la nueva China en este apasionante e impredecible período de formación de un nuevo equilibrio de seguridad, en una zona que durante casi cincuenta años tuvo como potencias dominantes a estados no asiáticos, y que fue testigo del enfrentamiento directo de dos potencias nucleares: la República Popular de China y la Unión Soviética. Como sostiene Gerald Segal³, “a parte del teatro europeo, ninguna otra pieza del mapa político posterior a 1945 es tan importante para el equilibrio global de poder o la prosperidad”.

SITUACIÓN PRESENTE EN LA REGIÓN

La significación de la Guerra Fría y sus reminiscencias en la zona

El nordeste asiático vive en estos momentos una situación de transformación. Las potencias que allí se encuentran tratan de redefinir sus futuras estrategias una vez que las viejas alianzas producto de la guerra ideológica han quedado obsoletas o su legalidad ha expirado. Indudablemente, el peor parado de todos los estados ha sido la República Democrática Popular de Corea. Sus aliados ideológicos y naturales, Rusia y la República Popular de China, le han cortado sustancialmente el apoyo internacional, y sólo la posibilidad de que en un futuro exista una Corea unida y fuerte económica y militarmente y, eventualmente, del lado de Japón y los Estados Unidos, les hace ver aún con buenos ojos el mantenimiento del actual *statusquo* en el antiguo “Reino Ermitaño”. Esta zona del Pacífico es asimismo el área donde tanto la cooperación como la confrontación y la competencia se entremezclan más claramente. Por un lado, estos estados están intentando estrechar sus lazos en materia de cooperación, especialmente en el sector económico, pero al mismo tiempo han comenzado una carrera armamentista para reforzar sus respectivos ejércitos. En este sentido, existen diversos factores que afectan directamente al equilibrio militar en la región, y como consecuencia, al equilibrio de poder regional. Estos factores han definido la evolución tanto a nivel político como en materia de seguridad desde 1945 y podrían ser definidos como:

1. El impacto de las dinámicas del equilibrio central.
2. Los conflictos y su acomodación, que han afectado las grandes potencias regionales.
3. Los problemas de identidad y seguridad nacional de los nuevos estados establecidos en la zona.

El caso de la península de Corea

La situación de las dos Coreas, en estado técnico de guerra desde que se produjo la confrontación militar en junio de 1950, representa una de las preocupaciones geopolíticas más importantes de la actualidad. Cualquier cambio brusco de la situación que no llevase a una reunificación pacífica y, sobre todo, espaciada en el tiempo, tendría un impacto devastador, no sólo en la región del Pacífico sino a nivel mundial. No obstante, cuando esa ansiada e históricamente justa reunificación se produzca, su repercusión será también de gran trascendencia regional, debido a la emergencia de un nuevo actor, que afectará tanto a chinos como a japoneses, que verán en el nuevo y reunificado Estado a un contrincante más que a un posible aliado.

La situación actual permanece estancada, al igual que paralizado en el tiempo está su “Querido Líder”, Kim Jong Il. Dos años después de la firma del acuerdo entre los

Estados Unidos y Corea del Norte, el programa nuclear coreano *conocido* permanece congelado. Esta situación es sin duda la menos mala de las posibles, dado los continuos incidentes que protagonizan Seúl y Pyongyang. El programa KEDO, el cual garantiza la construcción de dos reactores nucleares de agua ligera para el año 2003, ha sido ciertamente la llave del éxito para que los norcoreanos no siguiesen adelante con sus sueños (para algunos analistas, ya realidad) de convertirse en una potencia militar nuclear. Sin embargo, todo este largo y complejo mecanismo ha estado muy cerca de “reventar” por la política norcoreana. Primero, fue el ensayo del satélite-misil volando por encima de las cabezas de unos perplejos japoneses, que veían como su vulnerabilidad se reducía a la nada. Después, y como contrapunto, vino la polémica sobre la secreta ciudad subterránea, cuyo fin sería, una vez más, el desarrollo de su programa nuclear. Para algunos analistas americanos, especialistas en la península coreana, el desarrollo de sus famosos y ya probados misiles balísticos intercontinentales no tiene ningún sentido si dentro de sus cabezas no va instalada tecnología nuclear. En cualquier caso, el pasado mes de mayo un grupo de expertos del Departamento de Estado norteamericano declaró que no había encontrado razones para creer que esta construcción violase el acuerdo de 1994 entre Washington y Pyonyang.

En este sentido, la República Popular de China está jugando un papel determinante para “aminorar” la política dogmática de su antiguo aliado ideológico, Pyongyang. Sin embargo, los intereses de Beijing chocan una vez más con los de su vecino del norte. Jiang, espera mantener con su actual política el actual *statu quo*, pero sólo mientras el coste de esta acción no sea desproporcionado. Al tiempo, intenta prevenir que los hambrientos y desesperados norcoreanos crucen la frontera ilegalmente en busca de un alimento ya casi inexistente, excepto para la élite política y militar.

El actual presidente y secretario general y el resto del “Clan de Shanghai”, siempre fieles y aplicados alumnos del “Pequeño Timonel”, han decidido seguir adelante con el desarrollo de la economía de mercado, siempre que no pusiese en riesgo el sistema político. La consecuencia más inmediata con respecto a la península coreana fue estrechar los lazos económicos con Seúl, pero simultáneamente mantener atado al régimen de Kim Jong Il por medio de la asistencia económica y técnica y ya casi humanitaria. La visita de Kim Yong-nam, presidente del Parlamento norcoreano, a Beijing a principios de junio de 1999, ha significado el encuentro oficial de más alto nivel en los últimos ocho años, lo cual demuestra la situación de las relaciones entre ambos estados. 150.000 toneladas de grano y 400.000 toneladas de carbón para uso doméstico fue todo lo que Pyongyang pudo sacar en la visita de cinco días de su último y único aliado.

En definitiva, la estabilidad en la península coreana representa, junto a la cuestión de Taiwán, el factor más importante para la seguridad en la región y en particular el desarrollo nuclear en Corea del Norte, el cual sólo podrá ser solucionado mediante una intervención internacional multilateral. Como señala, no en vano, Ezra Vogel, direc-

tor del Fairbank Center for East Asian Research, en la Universidad de Harvard, “por más de un milenio Corea ha sido el centro del equilibrio de poder en el nordeste asiático... pero en el último siglo el sino de Corea ha cambiado frecuentemente, reflejando no sólo el incrementado contacto entre las potencias, sino también el cambiante equilibrio de poder entre ellas”⁴ (Vogel: 1997).

La política de los principales actores en la zona

En el Asia actual existen tres factores que se relacionan entre sí, haciendo prácticamente imposible el poder separarlos. Los asuntos económicos, los políticos y los relativos a la seguridad. Todas las decisiones políticas o relativas a la seguridad en la zona tienen una connotación económica, mientras que las consideraciones económicas están crecientemente influenciando las decisiones políticas y de seguridad⁵ (Cossa: 1997). El hecho de que los intereses, no siempre antagonistas, de los ejércitos más poderosos y con más efectivos (Estados Unidos, la Federación Rusa y China), así como las economías más desarrolladas (la norteamericana y la japonesa), tengan forzosamente que cohabitar en tan reducido espacio, hace que la situación en el nordeste asiático sea tan apasionante como preocupante y difícil de predecir. Consecuentemente, serán las alianzas entre estas potencias las que marcarán el desarrollo de futuros acontecimientos en la zona. De entre todas ellas, para Ralph A. Cossa, destaca fundamentalmente la alianza entre los Estados Unidos y Japón, “la relación bilateral más importante del mundo”, y es que ambos actores tienen que comprender que su alianza es la base sobre la que se construirá la relación entre Estados Unidos y China⁶ (Cossa:1998). Por el contrario, Robert Ross ve una situación bipolar, en la que los Estados Unidos y China serían los ejes, mientras que Japón y Rusia actuarían como potencias de segundo rango⁷ (Ross: 1998).

El resurgimiento del Imperio Chino

La República Popular de China en este fin de siglo está emergiendo como nueva potencia mundial, al mismo tiempo que ha decidido aumentar su involucración en todo lo concerniente a los aspectos regionales de Asia. Esta actitud se ha visto traducida en una mayor participación en temas e instituciones regionales de seguridad. La consecuencia más importante ha sido quizás la participación en lo relativo al control de armamentos y la no proliferación de armas de destrucción masiva. No obstante, esta nueva política no ha hecho olvidar a algunos de sus vecinos comportamientos pasados del antiguo Zhong Guo, “Reino del Centro”. Respecto a este tema, siguen viendo a China como una posible y agresiva nueva potencia. Sin embargo, no hay que olvidar que China representa un desafío total al concepto de potencia emergente.

En el pasado, los estados que aparecían en escena como nuevas potencias tenían una serie de características comunes que los hacían valedores de tal condición. Estos

estados poseían un control absoluto sobre sus fronteras, especialmente en su interior, y tenían mínimos conflictos sociales. La República Popular de China, por el contrario, está experimentando este resurgimiento, prisionera de numerosos problemas y futuras incógnitas. En los años venideros el nuevo Imperio probablemente será territorialmente indefinido⁸, económicamente dinámico, culturalmente muy orgulloso de un pasado lejano, socialmente inestable y políticamente siempre una incógnita. Al mismo tiempo, esta emergencia china está produciéndose cuando las potencias mundiales se encuentran debilitadas por problemas políticos domésticos y preocupaciones económicas.

El legado de la experiencia china respecto al imperialismo es complicado. La revelación más clara es el sentimiento antioccidental de algunos chinos, unido a una desconfianza absoluta y a una amargura y frustración. Estas peculiaridades marcan sin lugar a dudas la planificación de toda la política china actual.

El declive del Imperio ruso

Si hay un actor que ha perdido protagonismo en favor de la nueva China ese es sin duda el heredero lógico de la Unión Soviética. La nueva Rusia de Boris Yeltsin parece “sólo” conservar el poder militar como única baza para hacer valer internacionalmente su voz. Ahora bien, el derecho a veto en el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas le permite conservar política y diplomáticamente un espacio importante en el teatro internacional. Pero, son las potencias económicas un tiempo atrás perdedoras de la última gran guerra las que han conseguido dar sentido a este nuevo sistema multipolar.

Las relaciones de Rusia con el este asiático han sido dramáticamente transformadas a partir de 1989, tras la llegada de Gorbachov a la Secretaría General del partido comunista soviético. Su visita a Beijing en junio de 1989, triste recuerdo para los espíritus democráticos en China, representó el final de décadas de relaciones hostiles y el comienzo de la normalización entre ambas naciones⁹.

Boris Yeltsin ha seguido la línea de su antecesor a la búsqueda de políticas conciliadoras, siempre condicionadas por la inestabilidad interna de la propia Rusia. La política exterior actual de Moscú no puede ser entendida sin la experiencia soviética en la zona. En este sentido, se observa que antiguos temores parecen, si no olvidados, sí apartados respecto a chinos y japoneses, siendo las potenciales oportunidades económicas las que aparentemente atraen más a Moscú.

La preguntas que se plantean ahora respecto al futuro de la Federación Rusa son si continuará Yeltsin la conciliadora y acomodaticia política hacia el este asiático o si puede que el imperialismo y las políticas amenazadoras de la era comunista vuelvan a resurgir¹⁰. La perspectiva tradicional del equilibrio de poder, tal como la entendieron los antiguos dirigentes soviéticos como Brezhnev, ha cambiado, y aún tendrá que cambiar más si Rusia no quiere perder más influencia en dicha zona. La hora de reemplazar la contención por la cooperación parece haber llegado. La Unión Soviética no ha

contado nunca con un mecanismo de seguridad en el este asiático comparable al logrado en Europa con el Pacto de Varsovia. Esta circunstancia fue en la medida de lo posible suplida por tratados, especialmente con Vietnam y Mongolia. Este último Estado fue el primer Estado satélite de la Unión Soviética en la zona. El objetivo principal fue el aislar militarmente a China, la cual ya desde 1978 con el Tratado de Amistad con Japón se había encargado de reservar una cláusula para evitar que potencias “exteriores” pudiesen establecer un sistema hegemónico en la región; sin duda pensaban en los Estados Unidos y la Unión Soviética.

A pesar de los profundos cambios de los que hemos podido ser testigos, el final de la Unión Soviética como Estado y el declive de la Federación Rusa no impedirá a ésta seguir siendo una gran potencia militar¹¹ (Jackson, 1993), y un actor a tener siempre muy en cuenta. Los tiempos de la diplomacia coercitiva son ya parte del pasado para Moscú, y los esfuerzos de su nueva diplomacia se centrarán ahora en lograr la formación de un nuevo régimen regional de seguridad colectiva en Asia, siempre a la espera de que Rusia pueda jugar el papel de “*balancing power*” en la región. Para ello, Moscú no cesa en su intento de atraer a China hacia su lado, enarbolando como excusa el llamado “*Strategic Partnership for the XXI Century*”.

Japón y su modelo de desarrollo

La derrota en 1945 y la posterior ocupación de su territorio marcaron sin duda el punto de inflexión del Japón contemporáneo, y su papel en toda Asia en general. A partir de ese momento, la reconstrucción económica pasó a ocupar la primera y única prioridad. Gracias a la protección militar estadounidense, los japoneses dedicaron todos sus esfuerzos a la economía. El resultado fue la creación de un capitalismo basado en un proteccionismo estatal a ultranza. Al final del milenio, el Producto Nacional Bruto de Japón representa el 15% del mundial; es la segunda economía mundial, sólo detrás de Estados Unidos. En el plano militar, por imperativos de su impuesta Constitución, su artículo 9 delimita perfectamente la política de defensa del imperio nipón: Tokio sólo puede destinar a gastos militares el 1% de su PNB. No obstante, el enorme volumen y desarrollo económico le ha permitido gastar bastante más dinero que otros países con porcentajes superiores en sus presupuestos de defensa. Esta circunstancia restrictiva en los gastos, en un principio para prevenir que Japón se convirtiese en una amenaza nuclear, se ha visto desbordada por el modelo nipón de desarrollo económico. Japón no sólo ha construido unas impresionantes fuerzas de “defensa nacional” (en teoría únicamente defensivas), sino que respecto a la política nuclear el Gobierno japonés ha expandido sus centros de procesamiento nuclear. Con ello se abren las puertas a la especulación sobre si las intenciones de Tokio son desarrollar su propio programa de armas nucleares. Esta política destinada a construir una fuerza militar autosuficiente y moderna parece estar motivada por la creencia de que en el futuro el orden interna-

cional se basará en un régimen triangular, cuyos vértices serán los Estados Unidos, Europa y el mismo Japón. En este sentido, el papel de China y el de una hipotética Corea unificada no debe ni puede ser infravalorado. El sentimiento antijaponés en toda Asia aún permanece latente; en Corea todavía están prohibidas las películas, la música y las manifestaciones artísticas japonesas, y las nuevas generaciones, que no han sufrido los horrores de la guerra y ven en el nacionalismo un modo de expresión patriótica (y en algunos casos favorecidos y alentados por el propio Estado), pueden hacer retornar viejos fantasmas del pasado. El otro punto de atención en materia estratégica ha sido la decisión de Tokio de compartir responsabilidades militares —o sea, económicas— con Washington. Gracias al nuevo acuerdo entre ambos países Japón se compromete a cooperar en áreas como la península de Corea y el Mar de la China Oriental, incluido Taiwán y el Mar de la China Meridional. Parece no obstante que la participación nipona será más en el ámbito de la logística que en el estrictamente militar.

Un Japón dependiente de Estados Unidos siempre será menos amenazador a los ojos de sus vecinos que un Japón autosuficiente militarmente, circunstancia ésta que preocuparía enormemente a chinos y coreanos de ambos lados del paralelo 38.

EL FUTURO DE LA PRESENCIA ESTRATÉGICA DE EEUU EN EL PACÍFICO

En esta nueva era, los Estados Unidos han logrado sobrevivir como única y gran superpotencia. Sin embargo, y como resultado de este cambio internacional, también saben que el comienzo del declive como imperio se está ya produciendo, y la principal consecuencia es la pérdida progresiva del liderazgo económico, en especial si se compara con el nivel que alcanzó a partir del fin de la Segunda Guerra Mundial. Parte de la responsabilidad corresponde, irónicamente, a los grandes perdedores de esa guerra, Alemania y Japón, que han emergido como centros globales de poder económico y, en consecuencia, de influencia y poder.

Los continuos cambios en la región han forzado a la administración estadounidense a replantear toda su política en el Pacífico. Sin embargo, parece claro que su compromiso “protector” con Taiwán, Corea del Sur y Japón no variará en cuanto a su finalidad, pero sí en la forma. Tenemos que tener presente su política basada en el concepto “win-win”, la cual precisa de la capacidad militar suficiente para poder intervenir en dos crisis al mismo tiempo, según los analistas del Pentágono: el Este Asiático y el Medio Oriente¹² (Han-Jung: 1997).

Este reajuste de la política de Washington en el Pacífico ha otorgado más importancia a la República Popular de China, sobre todo considerando que “China es un Estado que posee armas nucleares, es regionalmente una gran potencia y uno de los países más grandes en el mundo (el mayor en población, una de cada cinco personas en el mundo es ciudadano de la R.P. de China). Asimismo, cuenta con un asiento de miembro permanente del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, y a pesar de que su PNB es bajo en comparación con el de otras potencias económicas, ha experimentado el crecimiento económico más importante y con el desarrollo económico más rápido del mundo”¹³.

Indudablemente, todos estos datos son motivos suficientes para considerar a China como el posible centro de una política en una zona geográfica de gran dinamismo y numerosas incertidumbres económicas, políticas y militares. Los Estados Unidos ya entendieron en los años setenta que la estabilidad y el desarrollo económico en la zona pasaban por China como centro neurálgico. El próximo siglo sin duda alguna nos ofrecerá muchas respuestas a los numerosos interrogantes que se suscitan en estos momentos sobre esta zona. Hasta el presente, la política militar estadounidense ha sido diseñada para desempeñar el papel principal en la región. El concepto en el que se basa la posible intervención americana en la zona se podría resumir en tres puntos:

1. Cuando se enfrente a una situación en la que la supervivencia de los Estados Unidos o los intereses económicos de sus aliados se encuentren bajo una amenaza directa.

2. En los casos en que la seguridad pública o la paz mundial estén amenazadas y no afecten directamente a la supervivencia de los Estados Unidos. La respuesta militar en este caso podría ser limitada.

3. Para la solución de problemas humanitarios, aunque medidas no gubernamentales podrían ser tomadas en su lugar¹⁴ (Lee:1997).

Los aliados de la Casa Blanca no reciben la tan necesaria protección de forma altruista. La República de Corea representa a esta escala la única base continental con la que cuenta Washington, permaneciendo Japón como única base isleña, después de que la base de Filipinas, la más grande, se cerrara. Consecuentemente, la contribución económica de estos países aumenta cada año, así como su compromiso, no siempre explícito, de adquirir más responsabilidades en el plano militar en caso que el temido conflicto surgiese.

En resumen, la política de la administración Clinton ha tomado una muy clara posición respecto a su compromiso en la zona, posición vinculada a la decisión de ir reduciendo considerablemente su presencia militar, aunque no su compromiso estratégico militar. Para Tom Christensen del MIT existen tres posibles opciones para los Estados Unidos. La primera sería compartir el equilibrio de poder actual. La segunda, más drástica, se basaría simplemente en la retirada de la zona. Por último, la tercera y más lógica: la repartición de responsabilidades, o lo que es lo mismo, de los gastos. En este último aspecto, se incluiría el llamado TMD (Theater Missile Defense), un costoso sistema de misiles para defenderse de las más letales armas norcoreanas, y quién sabe si también de las chinas.

CONCLUSIONES

Las relaciones entre las potencias son cada vez más complejas y sin duda la emergencia de nuevas potencias regionales hace que sean aún más complicadas, acentuando la multipolaridad de las nuevas relaciones internacionales. Otro de los elementos diferenciados de esta nueva era es la estrecha relación entre la política exterior y la doméstica, así como que la economía es el motor de esas relaciones internacionales entre estados. El éxito del nordeste asiático en particular y de todo el Pacífico en general dependerá de una exitosa transformación de las relaciones entre los estados que forman dicha área. El resultado más esperanzador podría ser la construcción de una comunidad regional con una sólida estructura.

En este sentido, existe el modelo de la Unión Europea, en donde antiguos estados antagonistas y casi en situación perpetua de guerra, han conseguido una unión, aún incompleta, en todos los ámbitos pero en paz y armonía. Y lo que es importante, con el deseo político de consenso y de llegar a una meta en común, la unión.

El nordeste asiático debe empezar a sustituir políticas dominadas por tendencias hegemónicas y sustituirlas por un sistema de responsabilidad colectiva¹⁵.

La necesidad de la cooperación en temas económicos ha llevado a que la competición, siempre presente, se entremezcle con esta nueva necesidad. En esta parte del planeta la competición prevalece de momento sobre la cooperación, y en especial en las relaciones entre Estados Unidos y el viejo “Imperio del Centro” con Japón. La rivalidad entre Tokio y Beijing irá aumentando a medida que China se afiance económicamente (todavía está muy lejos de los países desarrollados) y Japón se modernice y se refuerce militarmente. Y quizás llegue un día, aún lejano, que tenga una autonomía militar suficiente. Ese día los Estados Unidos ya no les serán necesarios a los japoneses. Por otro lado, la expansión militar del Ejército de Liberación Popular (ELP), es el factor que puede crear más temor y desconfianza a los Estados Unidos y sus aliados, en especial por su programa nuclear, así como la transferencia de material e información a países considerados “peligrosos” como Irán, Siria, Corea del Norte o Pakistán.

El sistema y el orden regional en el nordeste asiático se han mantenido hasta ahora gracias a un sistema de alianzas bilateral. Entre estos tratados, son los que implican a los Estados Unidos, Rusia, Japón y, sobre todo, a la República Popular de China los que condicionarán el futuro de la región. El sistema de equilibrio de poder creado por Bismarck, que consistía en aislar a un enemigo potencial mediante la creación de una alianza multilateral con los estados vecinos, ha quedado obsoleto. La situación actual a escala mundial es cada vez más complicada. El fin de la Guerra Fría ha traído cambios drásticos, debido al fin del sistema de alianzas de bloques. La República Popular de China tiene en esta nueva era una nueva oportunidad para cambiar el rumbo de la historia o al menos de su propia historia. En función de la política que tome Beijing

dependerá que la zona sea una región más estable. El siguiente paso será conseguir una zona más unida que conduzca a la cooperación y a la paz. La Unión Europea, a pesar de ser interpretada como la unión de meros estados colonialistas e imperialistas cuyo pasado en Asia sigue siendo visto en China como más negativo que positivo, puede representar un buen ejemplo para la construcción de una estable y segura zona con un futuro prometedor y de esperanza.

Notas

1. Huntington, S. P. (1998) *The Clash of Civilization and the Remaking of World Order*. Touchstone Books, pp. 21. United Kingdom: Simon and Schuster.
2. Ross R. (1998) "The Geography of the peace". Conferencia pronunciada en el Center for International Affairs, Harvard University, 18 de noviembre.
3. Segal, G. (1993) "States in a Changing World. A contemporary Analysis". *Clarendon Press*. United Kingdom: Oxford University Press.
4. Vogel, E (1997). "The Three Kingdoms" *Harvard Asia Pacific Review*, Verano.
5. Cossa, R. (1997) "East Asia economic interdependence and regional Security", *International Affairs*, 73, vol 2, pp. 219-234.
6. Cossa, R. (1998) *International Herald Tribune*, Thursday April 30, p. 8.
7. Ross, R. (1998) "The Geography of Peace", conferencia pronunciada en el Center for International Affairs, Harvard University, 18 de noviembre.
8. La indefinición de China es producto de varios factores. Por un lado, el país todavía no ha sido unificado, ya que desde 1949 Taiwán permanece fuera del control de Beijing. En segundo lugar, la frontera con la Federación Rusa permanece sin definir en su totalidad. Los últimos acuerdos, tras treinta años de conflicto y a pesar de incluir dos tratados y 175 mapas detallados al milímetro, no han sido capaces de terminar con la vieja disputa del río Ussuri cerca de Khabarovsk, que sigue bajo control ruso. A pesar de ello, en agosto de 1999 (en la cumbre del Grupo de Shanghai), se firmó un compromiso para respetar los 7.000 km de frontera entre China y la antigua Unión Soviética. Por último, las regiones autónomas de Xin Jiang, Xi Zang o Tibet y Mongolia interior seguirán dando problemas al Gobierno central.
9. El editorialista del *New York Times*, C.L Sulzberger, llegó a calificar las relaciones sino-soviéticas como "The Coldest War" ("La guerra más fría").
10. Ross, R. (Ed) (1995) *East Asia in Transition Toward a New Regional Order*, New York: M.E Sharpe, p. 59.
11. Jackson, R., James, A. (1993) "States in a Changing World A contemporary Analysis", *Clarendon Press*, p. 8. United Kingdom: Oxford University Press.
12. Han-Jung, J. (1997) "Korea Focus, Korean Foundation", *Korea, the world and prospects for unification*, 4, v. 5, agosto, pp. 27.

La nueva China en el nuevo equilibrio de poder regional

13. "1996 New China in the New International Setting," en *Studia Diplomatica*, Vol XLIX.
14. Lee, M. Y. (1997) "Military relations among the 4 powers surrounding the Korean peninsula", *East Asian Review*, pp. 3-25.
15. Council for Asia-Europe Cooperation (1997) "The Rationale and Common Agenda for Asia-Europe Cooperation", *Task Forces Report*, CAEC.